11603

Un primo.... primo.

IBRERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
OLITICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
le los Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

DON JERÓNIMO BECKER

Esta obra, que acaba de ponerse á la venta, ntiene en amplio y fiel extracto los principales atados; examina con imparcialidad la historia éstos, señala sus defectos y expone con minu- sos detalles lo referente á las relaciones exte- res de España, siendo, por tanto, de gran inte- para conocer de un modo exacto el aspecto lomático de la cuestión cubana.

Un tomo en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

EYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

LA MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

Quinta edición, corregida y aprobada por la la de Indias del Tribunal Supremo de Justicia, n la aprobación de la Regencia provisional del ino.

Cuatro tomos en folio, 50 pesetas.

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

Colección completa de todos los tomos publi- los por esta sociedad, de que se hallan la ma- parte agotados.

an publicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900 tas.

mbién hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACI

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peset

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicad hasta el día, y adicionado con un considerab número de voces que no se encuentran en ni guno de ellos á pesar de hallarse consignadas el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN
Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte pa el mejor aprovechamiento de las sobras, las glas para el servicio de una mesa y el modo trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 gr bados, y aumentada con 60 minutas de almu zos y comidas para todos gustos y condiciones algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio pesetas.

UN PRIMO... PRIMO,

comedia en un acto y en verso

ORIGINAL DE

D. ANTONIO RAMIRO.

Representada por vez primera con extraordinario éxito en el teatro de Jovellanos el 3 de Febrero de 1868.

MADRID:

IMPRENTA DE R. VICENTE, CLAVEL, 4.

1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.....	STA. GENOVÉS.
PEPA.....	STA. TUBAU.
MIGUEL LOPEZ.....	SR. MARIO.

La escena pasa en Madrid.

Epoca, la actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DECLAMACION Y BAILE
U. R.

ACTO ÚNICO.

Lorenzo Gonzalez

ESCENA PRIMERA.

Sala amueblada con lujo. A la derecha una puerta que conduce al gabinete de Luisa. Puerta al foro y un balcon á la izquierda. Fondo derecha é izquierda, dos consolas; y un sofá convenientemente colocado á la derecha, en primer término. Compréndase por derecha é izquierda, la del espectador.

PEPA.

¡Vaya! ya están como el oro
los suelos y las cortinas,
y limpias como la plata
las consolas y las sillas.
¡A ver si así rábia ménos
esa doña *Laigartija*,
que tiene el génio más malo
y la sangre más indina
que el toro más bravucon
de los del señor Gaviria!
¿Y todo por qué?.... por nada:
porque es viuda sin familia,
y además de viuda es jóven,
y además de jóven, rica,
y como vá á hacer un año.....
pues, que se quedó *per istam*;
claro está, desea un hombre...
para que atienda á sus fincas.
Eso á la legua se vé:
pero ella porque no digan
que se enamora tan pronto,

674247

quiere hacer gorda la vista.
¡Tanto luto, y tanta cosa,
y se pasa todo el dia
mirando siempre al vecino
por detrás de esas cortinas!
¡hay que Dios! ¡cuánto se vé
en esta pícara vida!
¿Dónde estará ahora? ¡digo!
¡pues *desque* se salió á misa
la ha podido oir mayor,
con sermon y letanía!
se habrá ido á dar un paseo
porque el vecino la siga.
(Déjase oir la campanilla de la puerta exterior.)
Vamos, ya está ahí, verémos
ahora cómo se explica.
(Pepa sale por el foro izquierda, figurando que vá á abrir la puerta, y aparece en seguida, precediéndola Luisa que entra muy precipitada y se deja caer en el sofá, diciendo á poco.)

ESCENA II.

LUISA, PEPA y después MIGUEL.

LUISA. ¡Jesús! estoy aburrida:
vamos, yo no sé que hacer,
ese hombre es un Lucifer,
un mónstruo, un *mujericida*.
Si voy á misa, él allí;
si á paseo, allí tambien;
si doy cien vueltas, él cien;
si me siento, él junto á mí.
¡Hay paciencia que esto aguante!
reniego de ser mujer
porque no puedo poder
tirarle á la cara un guante.
PEPA. Sosiéguese usted, señora.
LUISA. ¡Si á dar voy un estallido!
tú no sabes, me ha seguido
por espacio de una hora.
PEPA. Déjelo usted.
LUISA. ¿Qué lo deje?
eso es lo que yo quisiera.
Por no verle nunca..... ¡diera!.....
PEPA. *Sais mais*, y gracias. (Aparte)

LUISA. ¡Qué hereje!
¡Qué mosca! ¡qué libertino!
¡no es chusco que sin llamarle
tengo siempre que encontrarle
en mitad de mi camino!....
Esto ya de raya pasa:
¿qué dirá de mí la gente?....
Por no vivir de él en frente,
voy á mudarme de casa.
Lo dicho; es mi salvacion,
ó conmigo va á acabar.
¿Que te quieres apostar (A Pepa)
á que está ya en su balcon?....
Asómate: vas á ver
como es verdad.

PEPA. (Aparte.) Así sea.

LUISA. Procura que no te vea,
que si no, puede creer
que tambien le espío yo.
Verás como el monigote
se está estirando el bigote.....
(Durante los anteriores versos, Pepa ha llegado al balcon y dice después de mirar):

PEPA. Pues no está.

LUISA. ¿Que no!!!

PEPA. Que no.

LUISA. ¡Mujer, pues es muy extraño!
¿dónde estará?

PEPA. ¡Quién lo sabe!
quizá al ver á usted tan grave
querrá buscar otro apaño.

LUISA. ¿Apaño has dicho! ¡insolente!
¡habrá desvergüenza tal!
aunque yo le trate mal,
es persona muy decente.

PEPA. Pero si yo.....

LUISA. Déjame.

PEPA. Bueno, voy á la cocina:
¡uf! ¡que sangre tan indina! (Aparte.)

LUISA. Escucha.

PEPA. ¿Qué quiere usté?.....

LUISA. ¿Se habrá asomado?

PEPA. ¿Quien?

LUISA. ¡Toma!
él.

PEPA. No sé; puedo mirar.

LUISA. Sin que lo llegue á observar,
porque seria una broma
muy pesada, que creyera
que tengo interés por él.
PEPA. ¡Es claro! (Aparte.) ¡vaya un papel!
¡y vaya una papelera!
(Mira por entre las cortinas del balcon y dice:)
Tampoco está.
LUISA. ¡Ménos malo!
libre ya de su cinismo
estoy contenta.....
PEPA. (Aparte.) Lo mismo
que al que le atizan un palo.
LUISA. He decidido afanosa
darle á entender mis desdenes,
y ahí tienes.
PEPA. (Aparte.) ¡Tú si que tienes
muchas ganas de otra cosa!
LUISA. ¿Aún no se ha asomado?
PEPA. (Mirando.) Aún no.
LUISA. Nada, lo que dije yo,
se le agotó la paciencia.
Es claro, si era preciso; (Con sentimiento.)
él es persona muy fina
y..... (A Pepa.) márchate á la cocina.
PEPA. Bueno.
(Al retirarse Pepa, se oye fuera la voz de Miguel que dice:)
MIGUEL. ¿Da usted su permiso?....
LUISA. ¡Un hombre en casa á esta hora!
PEPA. ¡Se quedó la puerta abierta!...
LUISA. ¡Y quién entra por mi puerta!
MIGUEL. Servidor de usted, señora. (En la puerta.)
LUISA. ¡Él! (Aparte.)
PEPA. (Aparte.) ¡Calle!
MIGUEL. (Aparte.) Perfectamente,
la gente al verme se asusta;
pues señor, no me disgusta
infundir miedo á esta gente.
Señora, si su indulgencia (A Luisa.)
disculpára mi osadía,
á rogar me atreveria
cinco minutos de audiencia.
LUISA. ¡Pepa!... (Indicándola que se retire.)
PEPA. Ya me voy, señora.
¡Si el mal humor le quitara! (Aparte al retirarse.
LUISA. ¡Él aquí! ¡quién tal pensara! (Aparte.)

MIGUEL. Pues señor, esta es mi hora. (Aparte.)
LUISA. ¡Como se llegue á clavar!.. (Idem.)
MIGUEL. Restemos de pillo á pillo. (Idem.)
LUISA. ¡Ya estoy viendo al pobrecillo (Idem.)
pedir... (A él.) Puede usté empezar.

(Luisa indica á Miguel que tome asiento; éste obedece, yendo á colocar una silla cerca del sofá, en el cual se habrá sentado Luisa.)

MIGUEL. Señora, no sé por dónde
voy á empezar mi embajada,
¡yo soy tan corto de génio!
LUISA. Ya se vé. (Aparte.)
MIGUEL. Que me coartan
la libertad de expresarme
todas las cuestiones arduas.
LUISA. Pues le advierto, que los cinco
minutos, corren que rabian.
MIGUEL. Es verdad, en ese caso,
allá voy, y... pecho al agua.
Señora: hará cuatro meses
que un jóven de buena estampa,
con más ingleses que Lóndres
encierra en calles y plazas,
con algo de presumido,
con partidas muy serranas,
con un ingenio no corto,
con unas manos muy largas,
con rasgos de hombre de mundo
y con ínfulas de...
LUISA. Basta.
MIGUEL. Recibió de su buen padre
una muy atenta carta,
en la que sin circunloquios
alegre le noticiaba
que iba á casarlo en seguida
con una linda muchacha
prima del hijo del padre
que suscribia la carta,
viuda y rica, por más señas,
sin madre, que era otra ganga,
y en fin, todo un buen partido
como se dice en España.
El padre del jóven este
empeñó formal palabra,
de pagar las deudas todas
del hijo de sus entrañas,

si, como tal presumia,
su voluntad acataba;
pero el chico, que no era,
justicia haciéndole, rana,
y que á más no conocia
á la viudita nombrada,
no creyó muy oportuno
tomar entónces casaca
y esto orígen dió á que el padre
con él se llamase andana.
Entónces se levantó
contra el hijo una cruzada,
compuesta de zapateros,
sastres, cocheros de plaza,
sombrereros y patronas,
fondistas y otras alhajas,
y triste y desesperado,
sin un cuarto ni una sala,
se decidió formalmente
á levantarse la tapa
del sitio donde se encierra
eso que el seso se llama,
y obcecado en el suicidio,
renegando de su estampa,
y afanoso y anhelante,
por escribir sin tardanza
el *finis coronat opus*
de su vida acibarada,
sin más demora, á la calle
lanzóse en busca del arma.

LUISA. ¿Y la encontró?

MIGUEL. Sí, señora.
la encontró por su desgracia.

LUISA. ¿Algun obús? (Con tono zumbon.)

MIGUEL. Cási, cási.

LUISA. ¿Carabina?...

MIGUEL. Cerca le anda.
Encontró una *cara buena*
ó sea una buena cara,
y como lo bueno es caro,
ni alcanzar una mirada
pudo cara á cara el pobre,
de los ojos de la ingrata.
Mas pronto el semi-suicida
concibió otra idea rápida,
y... «suicidio por suicidio»

se dijo: «hé aquí mi arma.»
De morir envuelto en humo
á morir envuelto en faldas,
no existe más diferencia,
que la que... pues, la que haya.
Con que valor, y á morir,
que á nadie esta muerte espanta.
Desde aquel dia, señora,
el suicida en flor ó en planta,
dispuso enmendar del todo,
su conducta relajada;
ejerció su profesion,
amó en silencio á la dama,
fué trás ella cuatro meses
por tarde, noche y mañana,
y hoy no siéndole posible
callar mas tiempo, me manda
á decir á usted, señora,
que la quiere, que la ama,
que el ver á usted es su anhelo,
que el amor de usté es su alma,
y en fin, para hablar más claro,
que le está usté haciendo falta.

LUISA. ¿Concluyó usted ya?...

MIGUEL. Tal creo.

LUISA. ¡Qué situacion, vírgen santa! (Aparte.)
¡y es el caso, que me gusta!
¡tiene el maldito una gracia!
pero... ¡qué dirá la gente
si tan pronto!... nada, nada,
voy á echármelas de brusca
y salga por donde salga:
justo: (á él) caballero; yo
á quien todos llaman franca,
que no gusto de rodeos
porque me hizo Dios muy clara,
que doy á usted por su afan
las más expresivas gracias,
contéstole, que no sirvo
para curar papanatas.
Rabia un poco; ¡lo que es de esta, (Aparte.)
ni en un año te levantas!

MIGUEL. ¡Papanatas!... tiene un título
que le abona en su demanda.

LUISA. ¡Tantos títulos se ven
que no sirven para nada!

MIGUEL. Es que hay títulos de títulos.
LUISA. Pues los haya ó no los haya
ruego á usted que se reserve
el amor que me declara.
MIGUEL. En nombre de otro, señora.
LUISA. ¡Cómo!
MIGUEL. Que otro es quien me manda,
y yo, cumpliendo el deber,
que impone una amistad santa,
vine hacer á usted presente
cómo un mi amigo se halla.
LUISA. Con que no es usted? (Aparte.) ¡Dios mio,
qué rubor!
MIGUEL. ¡Quien tal pensara!...
señora, yo no he nacido
para esclavizar mi alma.
¿Con que á ese amigo, le anuncio?...
LUISA. No, no le anuncie usted nada:
y si no, anúnciele usted, (con ira.)
que... ¡qué se yo!... que me enfada,
que no le puedo ni aun ver,
que se escuse de embajadas,
y que...
(Reparando en Miguel que la mira con fijeza.)
¿Usted por qué me mira
con tan ridícula cara?
MIGUEL. ¡Ridícula! no hay de qué.
LUISA. Es favor.
MIGUEL. (Aparte.) ¡A que me araña!
Pues señor, para este viaje
las alforjas no hacen falta:
voy á propalar que hay casos
de cólera ya en España.
Señora, (A ella.) á los piés de usted. (Sale.)
LUISA. Vaya usted... (Aparte.) enhoramala.

ESCENA IV.

LUISA y después PEPA.

LUISA. ¡Yo burlada de este modo!
¡Yo de esta suerte burlada!...
¡Y no es feo! ¡qué ha de serlo!
peor para mí, por desgracia.
¡Hipócrita!... por supuesto, (Con ira.)
que el otro que dice, es farsa:

es él, es él, pero ahora
podrá decir á sus anchas:
¡el gran petardo del siglo,
he dado á esa doña sándia!
(Déjase caer sobre el sofá en la mayor desesperacion.)
¡Dios eterno! ¡qué vergüenza!
(Pepa aparece en la puerta del foro, y al ver la angustia de Luisa, exclama:)

PEPA. ¡Señorita! ¿qué le pasa?...
LUISA. Yo no sé, Pepa, me muero.
PEPA. ¿Quiere usted algo?
LUISA. No, nada.
PEPA. Llamaré al médico.
LUISA. No,
no está en Madrid el de casa.
PEPA. No le hace, diré al portero
que busque otro sin tardanza:
(Aparte y dirigiéndose á la calle).
se me figura que aquí
ha habido toros y cañas.

ESCENA V.

LUISA y después PEPA.

LUISA. ¡Si el hombre es una serpiente!
¡si es un tigre cada cual!
¡si es un perro sin bozal,
que clava á su gusto el diente!
¿Podrá saberse por qué,
para evitar muchos males,
los dignos municipales
no les dan... lo que yo sé?
¡Qué dichoso quedaria
el mundo sin hombre alguno!
¡Válgame Dios! ¡cuánto tuno
de enmedio se quitaría!
Yo no sé como hay muger,
que sabiendo de antemano
que todo hombre es un tirano,
su esclava se obliga á ser.
Mas si el hombre es esclavista,
inhumano y sin conciencia,
yo, que odio la violencia,
llámome abolicionista.
Cese vida tan penosa,

que el sexo no importa un pito:
en ese libro está escrito
que se arregla ya la cosa.
(Toma uno que deberá haber sobre una de las consolas, y lee lo siguiente:)
« Cual de la verdad, baldon
» es de la mentira el dolo,
» de la libertad, es solo
» la esclavitud, negacion:
» en sofística razon
» funda ésta su liviandad,
» mas la culta sociedad
» alza ya en su rectitud,
» tumbas, á la esclavitud,
» templos, á la libertad.»
Eso es, después de esta cita
venga alguno á enamorarme,
juro que ántes de casarme
consiento en ser...

PEPA. (Entrando.) ¡Señorita!

LUISA. ¿Quién?

PEPA. Ya he mandado al portero
á por un médico.

LUISA. ¿Sí?
no hace falta: hombres aquí,
ni aun de médicos los quiero.
(Se retira á su gabinete.)

ESCENA VI.

PEPA, y después LUISA Y MIGUEL.

PEPA. ¡Me parece que ésta quiere
estar tocada tal vez!
por una parte pregona
que está como está muy bien
y que los hombres son copia
del *mesmo* don Lucifer.
Por otra parte un consuelo
nesecita en su viudez,
y desea y vá buscando...
lo que cada quisque, pues.
¡Pero como esta, son muchas
que por el mundo se ven,
de hipócritas rematadas
haciendo el doble papel!..

entre la gente:—Hombres fuera;
solas:—Aquí me los dén.
¡Y luego á una la *cretican*
porque piensa una al revés
y se *pirria* por un mozo
de talla y con mucho aquel!..
¡*Miste* que es grande, Señor!
por qué no ha de responder
una, cuando se tropieza
á uno que dice «*chipé*,
bendito sea ese garbo
y ese cuerpo y ese... ejem!
y esos ojos que son dos
carabinas la *menié!*
míreme usted, salerosa,
que si no me mira usté,
me tomo con mi *premisio*,
como dos y una son tres,
la licencia *disoluta*,
y me las *jiyo* al cuartel.
¿Mira usté, ó no?—Ya le miro.
—Venga el Santo.—San José.
—Seña.—La calle del Nuncio.
—Contraseña.—Veintitres.
—¿Hay paso al cuerpo... de guardia?
—Lo verémos.—Retebien.
—Mi vida, ¡estás una trucha!..
—Compañero, ¡estás un pez!
—Así me gusta la gente:
ven y te convidaré
á comer unos *muñuelos*,
y unas copas á beber.
—Pues al avío.—Al avío,
que ya mi avío encontré.
Viva la sal de cocina!..
—Viva la sal de cuartel.»
Esto priva cuando ménos;
y no *aspamientos* hacer
porque ha mirado el vecino
con un poco de interés,
cuando no quiere otra cosa,
y eso bien claro se vé,
sino que el tal vecinito
deje vecino de ser:
¡vamos que se *nesecita*
alma para este papel! .

¡Pero creo que alguien llega!
¿será el médico?... sí, él es,
oigo la voz del portero.
(Llegándose á la puerta del gabinete.)
¡Señorita!.. Aquí está.

LUISA. (Apareciendo en aquella.) ¿Quién?

PEPA. El médico.

LUISA. Pues que pase.

PEPA. (Llegándose á la puerta de foro.)
Caballero, pase usted.

MIGUEL. (Presentándose en ella, y aparte.)
Cero y van dos.

LUISA. (Sorprendida, y aparte.) ¡Cielo santo!

PEPA. ¡El vecino aquí otra vez! (Aparte.)
Vá, pues aquí no hago falta.
(Se retira por la puerta del fondo.)

MIGUEL. (Dirigiéndose á Luisa.)
Señora, á los piés de usted.

ESCENA VII.

LUISA Y MIGUEL.

LUISA. Puede usted tomar asiento.

MIGUEL. ¡Ya que es usted tan amable!.. (Sentándose.)

LUISA. ¡Y anuncia la otra al médico! (Aparte.)
Estas criadas, no saben
lo que se pescan: ¡cuidado
que estoy en bonito trance!

MIGUEL. Háseme dicho, señora,
que ha sufrido usté un ataque
no sé de qué... y yo, cumpliendo
con mi deber, al instante
vengo...

LUISA. (Interrumpiéndole.) En nombre... de su amigo
de mi salud á enterarse?..
Gracias mil, doy á los dos.

MIGUEL. No hay de qué.

LUISA. ¡Oh! sí.

MIGUEL. ¡Adelante!
Pero notifico á usted
que mi amigo nada sabe.

LUISA. ¿Es decir, que usté ha venido
mottu propio?..

MIGUEL. Cási, cási.

LUISA. Esto es más de agradecer.
Vamos, ya empieza á explicarse. (Aparte.)
¡Pobrecillo! ¿y qué le digo
cuando llega tan amable
á saber si... ¡Dios me dé
fuerzas para dominarme
en trance tan apurado!..
Pues ese afan incansable (A él.)
que sabe usted demostrar
de mi salud al tratarse,
sólo premiar puedo yo
ofreciendo sin ambajes
esta casa, que es muy suya,
por si gusta visitarme.
MIGUEL. A eso he venido, señora:
y desde hoy en adelante,
prometo á usted formalmente,
que por mañana y por tarde
le haré al dia tres visitas,
miéntras enferma se halle.
LUISA. El niño se queda corto. (Aparte.)
MIGUEL. Creo que será bastante:
pero si acaso el estado
en que pueda usté encontrarse
exige más, ya vendré
de noche.
LUISA. (Con rapidez.) ¡Qué disparate!
de noche no estoy visible.
MIGUEL. ¿Y si su mal se agravase?..
LUISA. Ya estará el médico aquí.
MIGUEL. Lo comprendo, no ausentándome...
LUISA. Pero... ¡cómo! ¿usted quién es?
MIGUEL. ¡Qué quién soy! ¿usted no sabe
quién soy?..
LUISA. No señor.
MIGUEL. El médico
que ha llamado poco hace.
LUISA. ¡Médico! ¿Médico usted?..
(Con sorpresa.)
MIGUEL. ¡Qué hay en ello que la extrañe!
LUISA. Nada, tiene usted razon:
debí conocerlo ántes; (Aparte.)
es médico, sí, no hay duda.
MIGUEL. ¿Con que usted querrá explicarme
qué es lo que siente?
LUISA. (Mal humorada.) Lo ignoro.

MIGUEL. Pues el mal no será grave.
¿A ver la vista?..
LUISA. ¿La vista?
MIGUEL. Si tal, irémos por partes.
¡Tiene usté unos ojos!... (Con fuego)
LUISA. ¿Qué?...
MIGUEL. Algo turbios. (Con frialdad.)
LUISA. Adelante.
MIGUEL. ¿A ver la boca, señora?...
¡qué lábios, Vírgen del Cármen!
(Con entusiasmo)
¡qué lábios!
LUISA. ¿Qué es lo que tienen?...
MIGUEL. Nada: que están muy brillantes, (Con frialdad.)
y es prueba de que padece
usté una irritacion grande.
Verémos el pulso ahora.
LUISA. ¡Lo que usté quiere tentarme!... (Exaltada.)
MIGUEL. ¡Cómo, cómo!...
LUISA. ¡Es la paciencia!
MIGUEL. ¡Me ha sorprendido ese arranque!
Pero, en fin, no es de extrañar;
¡la bílis quizá!...
LUISA. (Aparte.) ¡El coraje!
MIGUEL. ¿Consulto el pulso, sí ó nó?...
LUISA. (Dándole la mano, y aparte.)
Con tal que de ahí no pases!...
MIGUEL. ¡Cielos! ¡qué mano tan blanca!
LUISA. ¡Anda! atrévete, cobarde: (Aparte.)
atrévete que no miro. (Volviendo el rostro.)
MIGUEL. ¡Qué blanca!
(Miguel va acercando á sus lábios la mano de Luisa)
LUISA. (Separándola.) ¿Va usté á besarme
la mano?...
MIGUEL. ¡Quién tal pensara!
LUISA. Usté iba á besarla.
MIGUEL. ¡Dale!
es que soy corto de vista.
LUISA. ¡Ya encontró salida fácil! (Aparte.)
que me la bese, ó estallo. (Con ira.)
¿Necesita usted pulsarme (A él.)
más?...
MIGUEL. No señora.
LUISA. ¿No?
MIGUEL. No.
LUISA. Pulse usted. (Presentándole la mano.)

MIGUEL. Hice el exámen
necesario ya, señora.
LUISA. ¿Pero es este hombre de carne (Aparte.)
y hueso como los otros?
¡Qué ha de serlo! ¡disparate! (Irritada.)
es de yeso, como los
santi boniti y barati.
¿Qué hace ahora?...
(Miguel durante los últimos versos ha sacado de su cartera un objeto diminuto que coloca y envuelve en un papel)
MIGUEL. Exactamente.
Señora: si ha de aliviarse, (A Luisa.)
es necesario que tome
este globulillo.
LUISA. ¡Calle!
¡yo tragar píldoras! nunca.
MIGUEL. (Entregándola el papel que ántes plegó.)
Pues es fuerza que las trague,
y en cuanto trague la píldora,
el alivio ha de ser grande.
Yo volveré de aquí á poco,
y entre tanto, evite el aire,
tenga usted mucho sosiego,
no se irrite, ni se afane,
que todo se arreglará...
si se arregla. Hasta más tarde.
LUISA. Vaya usted con Dios, don... (Aparte.) médico:
creo que es decir bastante.

ESCENA VIII.

LUISA y después PEPA.

LUISA. ¡Qué hombre, Dios mio, qué hombre!
¡qué pez! por mejor decir;
vamos, esto no es vivir,
y maldigo hasta mi nombre.
¿Habrá en el mundo un truhan
parecido? ¡que si quieres!
y eso que en punto á mugeres
todos la mano se dan.
Todos ménos el que yo
tuve un año por marido:
¡el pobre! siempre he creido
que de infeliz se murió.
¡Ay! ¡cuanto bien hizo el cielo

al quitarlo de mi lado!
claro es, quiso ser casado
pudiendo ser bisabuelo,
y de mi tutor, al punto
cruzó por la mente avara
vender mi cara, algo cara,
dando así un corte al asunto.
Por eso hoy, que ya me llamo
viuda, libre, independiente;
que decir puedo á la gente:
«Este es el hombre á quien amo.»
Si Dios con su rectitud
hace que me incline á un hombre,
lo cual no merece el nombre
de tirana esclavitud,
Anhelo uno que no cese
de darme susto tras susto,
uno que sea á mi gusto,
un hombre, así... como ese.
Que gaste, triunfe y derroche,
que me haga comer en fonda,
que sea una trapisonda
por mañana, tarde y noche.
Que por motivo sencillo
me dé tal cual sofocon,
que fume, y que beba ron,
y escupa por el colmillo.
Si no tiene capital,
ni sobre qué caerse muerto,
yo soy rica, y es lo cierto
que está remediado el mal.
Y yo la primera, yo
le diré: «Sigue las modas,
ve á todas partes, á todas...»
¡Es decir! á todas... no.
¡Pero señor! ¿quién digera
que estoy hablando y hablando,
y pierdo el tiempo contando
el cuento de la lechera!..
¡Si yo no me he de casar!
¡si no quiero esclava ser! (Pausa.)
¡Y el caso es, que una muger
así no se puede estar.
¡Por vida del miriñaque! (Transicion.)
¡si no fuera porque soy
una muger, hoy mismo, hoy,

á la cuestion daba jaque.
Me presentaba al vecino
y con mucho desparpajo,
le diria por lo bajo:
« Vecino sea usted fino.
(En todos los versos siguientes de la escena, la actriz irá graduando el diálogo como mejor crea.)
« ¿Qué quiere decir, señora?...
» ¿Este, mi ruego sincero?...
» quiere decir, caballero,
» que ha sonado ya la hora.
» Que más no puedo callar,
» que tiempo há que una pasion
» fermenta en mi corazon.»
Él. «¡Qué escucho! ¡es singular!..
» Que habla usted muy retebien,
» ¡que tiene una boca!.. así,
» ¡unos ojos!.. hasta allí,
» ¡y un talle!.. hasta allí tambien.
» Que por lo del contrabando,
» á la plaza, muy formal
» no voy á vender la sal
» que siempre va usted tirando.»
Él. «¡Es posible! Yo. «Sí.»
Él. «¡Cielo santo! ¿qué escucho!
¿Usted me ama?..» Yo. «Mucho.»
Él. «¡Ay de mí!..» Yo. «¡Ay de mí!»
Él. «Señora, sin rebozo,
míreme usted un instante:
¡válgame Dios qué semblante!»
Yo. «¡Válgame Dios, qué mozo!
¡Pero si, si, ¡que si quieres!..
(Durante los últimos versos, Luisa ha ido aproximándose á la puerta del gabinete, y Pepa llega á la puerta del fondo diciendo:)

PEPA. (Aparte) ¿Qué he oido?.. (Se oculta.)

LUISA. En fin, bien va:
lo que sea, sonará.
(Entra en su gabinete y Pepa penetra en la escena después de ver que nadie hay en ella.)

PEPA. ¡Fíese usted de mujeres!..

ESCENA IX.

PEPA.

¡Vamos! á no haberlo oido
no lo creo, ¡quién diria!
hace poco, renegando
del que la sigue la pista,
y ahora á voces le dice
que es todo un buen mozo: ¡atiza!
¡Y están en el gabinete
los dos solos! ¡Vaya, hija!
se conoce que el vecino
si entiende de *medecina*
como asegura el portero,
te curó con *meopatia*
de ferro-carril: ¡qué cosas
suele una ver en la vida!
Pero en fin, este es el mundo,
y me voy á la cocina
(Mirando á la puerta del gabinete y moviendo la cabeza con intencion.)
que hay olor á chamuscado,
y debe ser... la gallina.
(Al llegar cerca de la puerta de fondo se detiene y exclama:)
Más creo que álguien se acerca,
¡claro! siempre esa maldita
puerta, está de par en par...
veremos quien se aproxima.
(Al querer salir por la puerta del foro, aparece en ella Miguel.)

ESCENA X.

DICHA Y MIGUEL.

PEPA. ¡Demonio!
MIGUEL. ¡Hola, muchacha!
PEPA. ¡Qué es lo que miro!
MIGUEL. ¿Dónde está la señora?
PEPA. Pues no adivino. (Aparte.)
Tiene visita. (A él.)
MIGUEL. ¿Masculina?
PEPA. (Aparte.) ¿Qué dice
de masculina?

Si usted quiere, al momento (A él.)
daré recado,
de que el facultativo
se halla esperando...

MIGUEL. No corre prisa,
y... la verdad, me agrada
tu compañía.

PEPA. ¿De veras hé?

MIGUEL. De veras.

PEPA. ¡Quién tal pensara! (Aparentando rubor.)

MIGUEL. ¡Demonio! la muchacha
se presta á varas.
¡Y que no es fea!
¿á que al fin hago una
de esas que suenan? (Sentándose.)
Escucha, buena moza. (A ella.)

PEPA. Este vá á caza. (Aparte.)

MIGUEL. ¿Quién hay con tu señora?..

PEPA. Yo no sé.

MIGUEL. ¡Habla!
No seas torpe:
¡si á mí nada me importa!

PEPA. Pues hay... un hombre. (Con misterio.)

MIGUEL. ¿Pero es de la familia?

PEPA. ¡Ni por asomo! (Idem.)
es uno á quien le dice
que es un buen mozo.

MIGUEL. ¿Sí?

PEPA. Yo creia
que era usted, (aparte) ¡rabia un poco!

MIGUEL. Pues ya ves, hija.

PEPA. Como ella siempre... vamos,
yo soy muy franca,
por usted... pues, tenia
lo que se llama...
¿Usted me entiende?

MIGUEL. Creo que sí, prosigue:

PEPA. Pues bien: yo... siempre
Creí que usted seria...
claro es, el amo.

MIGUEL. ¿Y ahora has visto?..

PEPA. (Con intencion.) He visto...
que no lo es, ¡claro!
Pero una piensa...

MIGUEL. Y ya vés como engañan
las apariencias.

Pues señor, es preciso (Aparte.)
variar de rumbo.

PEPA. Vamos, ¡suceden cosas
en este mundo!..

MIGUEL. Hoy me despido, (Aparte.)
y me mudo de casa
tambien hoy mismo.

PEPA. Oiga usted, sentiria
que por mí...

MIGUEL. ¡Tonta!
¿acaso tú has creido
que eso me importa?
¡No seas nécia!
(Después de mirarla con detenimiento, colócase cerca de ella y dice con socarronería.)
¡Tú si que me estás dando
la gran jaqueca!

PEPA. ¿Qué dice usted?

MIGUEL. ¡Que tienes
lo que se llama,
¡unos lábios y un talle
y una garganta,
y un todo tienes!..

PEPA. ¡Qué! vamos á ver.

MIGUEL. Nada,
que me conviene.

PEPA. ¿Qué quiere decir eso?..

MIGUEL. ¿Qué?.. que me gústas.

PEPA. Pues cómpreme usted dulces.

MIGUEL. ¡Qué más dulzura
que esos tus lábios.

PEPA. Sí, ¿eh? (Con desgarro.) ¡Alifonsa, baja:
¡merengues!

MIGUEL. ¡Vamos!
Dame con tu boquita...

PEPA. ¿De lo que comes,
como las palomitas (Interrumpiéndole.)
á sus pichones?
¿No es eso? ¡Vaya!
¡á que me *riburizo*
con esa guasa!

MIGUEL. ¡Te estás de mí burlando!..

PEPA. ¿Yo? ¡quién tal piensa!

MIGUEL. Pues acércate entónces
y dengues fuera.
(Se aproxima á abrazarla, Pepa le detiene, y dice:)

PEPA. ¡Hé! ¡poco á poco!
de *bocú* vengan varas,
de mano, corto.
(Empieza á retirarse hácia el fondo.)
MIGUEL. Pero escucha, no seas,
por Dios, arisca.
PEPA. ¡Vaya! que salga pronto,
mi señorita,
Y si no sale...
MIGUEL. Pero, mujer, escucha.
PEPA. Pues: aliviarse.
(Pepa se retira por la puerta del foro, en la cual queda Miguel.)

ESCENA XI.

MIGUEL Y LUISA.

(Luisa aparece á la puerta del gabinete.)

LUISA. ¡Quién habla aquí! (Reparando en Miguel.)
(Saludándole.) Caballero...
MIGUEL. Señora, (Idem.) ¡y está tan bella! (Aparte.)
LUISA. Pues señor, aquí es preciso (Aparte.)
no dar á este asunto treguas,
y recobrar mi perdida
dignidad.
MIGUEL. (A Luisa.) ¿Cómo se encuentra usted?
LUISA. Bien ya.
MIGUEL. ¿Sí? me alegro,
segun eso, mi receta
produjo efecto.
LUISA. ¡Asombroso!
MIGUEL. Tal esperaba yo de ella.
LUISA. Tanto es así, que la guardo
dentro del papel envuelta
por si ocurre que otra vez
á encontrarme llego enferma.
MIGUEL. ¿Sí? (Aparte.) Vaya, esto significa
que tome pronto soleta:
sin duda estorbo, ¡está claro!
¡el otro estará de espera!
LUISA. ¿No toma usté asiento?
MIGUEL. Gracias.
Lo que tomaré es la puerta. (Aparte.)
LUISA. Siéntese usted.
MIGUEL. Tengo cita,

señora que me interesa,
y como nunca se debe (Con intencion.)
impacientar al que espera...

LUISA. Y más si el que espera, tiene (Interrumpiéndole.)
atractivos que hacen fuerza...

MIGUEL. Pues: (Aparte.) sabia que era hermosa,
pero no que era discreta.

LUISA. ¡Háse visto descarado! (Aparte.)

MIGUEL. Me las guillo con presteza. (Idem.)
Señora... con su permiso... (A ella.)
(Toma el sombrero.)

LUISA. ¡Pero se marcha de veras!... (Aparte.)

MIGUEL. Reciba usted por su alivio
mi cordial enhorabuena.

LUISA. Mas supongo, que aunque no
sea á curar mis dolencias,
vendrá á verme.

MIGUEL. Sí, señora:
no podrá ser con frecuencia,
pero vendré: miéntras tanto
por si algo ocurrir pudiera
ya sabe usted: Miguel Lopez...

LUISA. ¡Miguel Lopez!.. ¡qué rareza!
yo tambien Lopez me llamo.

MIGUEL. Y el de Méjico, y docenas
de Lopez hay por el mundo,
que es fruta que no escasea:
pero esos son otros Lopez.

LUISA. ¿Dónde nació usted?

MIGUEL. En Rueda,
un pueblo de cien vecinos,
y sobre todo de pesca.

LUISA. ¡Calle! ¡mi primo Miguel! (Con regocijo.)
ja... ja ..

MIGUEL. ¡Primo!

LUISA. ¡Quién creyera!
yo soy, Luisa, la sobrina
del padre de usted.

MIGUEL. (Aparte.) ¡Luego ésta
es la que me destinaban!...
¡pues si me caso con ella,
como mi padre queria,
¡cuernos! tengo ya á estas fechas
un brillante porvenir!

LUISA. ¡Mi primo usted! ¡qué sorpresa!

MIGUEL. Tu primo, que cási ha sido (Aparte.)

tu primo de dos maneras.
LUISA. Ya no sale usted de casa
ahora. (Le coge el sombrero.)
MIGUEL. ¡Pues buena es esta!
LUISA. Nada, lo dicho.
MIGUEL. Pero, hija,
recuerde usted que la esperan.
LUISA. ¡A mí! ¿quién?
MIGUEL. Esa visita...
LUISA. ¡Qué visita!
MIGUEL. ¡Esta es más negra! (Aparte.)
Yo no sé, la chica dijo. (A ella.)
LUISA. ¿Qué dijo la chica?
(Llamando desde el fondo.) ¡Pepa!
Si yo no recibo á nadie; (á Miguel.)
no adivino quien ser pueda.

ESCENA ÚLTIMA.

Los precedentes y PEPA.

LUISA. ¿Me llamaba usted, señora? (Entrando.)
MIGUEL. ¡Verá usted la que se enreda! (Aparte.)
LUISA. ¿No te he dicho una y mil veces
(reconviniéndola.)
que cuando visita venga,
digas siempre que no estoy
visible?
PEPA. ¡Toma! como era (refiriéndose á Miguel.)
el médico, y se coló
de rondon por esa puerta,
yo, ¿qué habia de decirle?
Por lo demás, tengo lengua,
y aun cuando vengan doscientos
lo que es por mí ninguno entra.
LUISA. Bien, pero entónces ¿quién es
la visita que me espera?
PEPA. ¡Y yo qué sé!
MIGUEL. Pero, chica,
¿no me has dicho?...
PEPA. ¡Buena es esa!
yo he dicho que la señora
tenia visita.
LUISA. ¡Nécia!
¿y de dónde sacas eso?

PEPA. ¿Yo? ¡toma! de mis orejas:
al ménos me ha parecido
oir que usted misma en esta
sala, hablaba...
LUISA. ¿Yo? ¡ya caigo!
¡vamos! ¡qué criadas estas!...
primo mio, es la verdad:
¡lo que hacen las bachilleras!
hablaba, sí, con un hombre,
sin que el hombre aquí estuviera.
PEPA. ¡Mire usté el *cursi*! ¡qué pronto (Aparte.)
se va con el cuento á ella!
MIGUEL. Vamos, ya voy viendo claro. (Aparte.)
LUISA. ¿Con que es decir, que se queda
usted á comer, no es eso?..
MIGUEL. Señora, ¡usted me lo ordena!
LUISA. Ea, deje usté el señora.
MIGUEL. Obedezco á usted, siquiera
por tener algun derecho
para pedirla que atienda
un ruego mio.
LUISA. ¿Que es ello?
MIGUEL. Asunto de trascendencia.
Mi amigo, á quien usté ha dado
las calabazas más sérias
que se dieron en el mundo,
que olvide usté el lance, espera,
y como desde hace poco
ha concebido la idea
de obedecer á su padre
respecto á la boda aquella
con su prima...
LUISA. Sí, recuerdo.
¡Ay, Dios mio! ¡tiempo era! (Aparte.)
MIGUEL. Sabe por casualidad
que usted es amiga de ella...
LUISA. Y quiere acaso que yo (Interrumpiéndole.)
en su favor interceda
para que mi amiga olvide
el desaire que él la hiciera,
¿no es eso?...
MIGUEL. Precisamente.
LUISA. Si él así lo quiere, sea.
MIGUEL. ¿Y esa amiga, accederá?
LUISA. Mi amiga nada me niega:
pero... ¿qué dirá la gente

que toda la historia sepa?

MIGUEL. Que ha de decir, que más vale
tarde que nunca: ¡por fuerza!

LUISA. Tal vez repruebe la boda.

MIGUEL. Y yo creo que la aprueba.

LUISA. Amen. ¡Pepa! dos cubiertos.

PEPA. ¿Dos? (Ap.) ¡que no comiérais lesnas!

LUISA. El comedor nos aguarda. (A Miguel.)

MIGUEL. Pues á la mesa.

LUISA. A la mesa.

MIGUEL. (Dirigiéndose al público y figurando que habla aparte.)
Escuchen ustedes ántes
dos palabras, ó doscientas.
Prima, es un sustantivo
que parentesco demuestra;
prima, tiene de charada
por lo ménos una letra;
prima, puede ser pretesto,
y prima, puede ser cuerda:
si además de ser yo un primo,
porque al cielo le pluguiera,
hago el primo, un primo siendo
que de su prima se prenda,
primada, ¡y primada doble!
en vez de primada y media
considero esta primada,
que aun entre primos es séria;
mas si mi prima me emprima
medio en broma, medio á medias
con un primo, de esos primos,
primos que salen de pega;
no veré en prima un vocablo
que parentesco demuestra;
no veré en prima, la prima
con que una charada empieza;
no veré en prima un pretesto;
en prima, veré una cuerda
que con un lazo, me libre
de los lazos que me estrechan.
He dicho: de *Un primo... primo*,
compasion ustedes tengan.

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 27 *de Enero de* 1868.

El Censor de Teatros,

NARCISO SERRA.

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 41—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 121 á 123)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID